



LITERATURA |

Desde el estadio a la biblioteca

La compilación de Floridor Pérez, "Poesía chilena del deporte y los juegos", nos entrega una completa antología de versos trezados entre pasto, raquetas, pañetes y pelotas.

Sergio Hernández Osuna

No importa la fecha. Ni siquiera importa la ocasión. Y menos trascendencia tiene el lugar. Aquello fue memorable y eso es lo que vale. Fue un hombre pequeño, de pelo en sortijado y ataviado como futbolista, quien escribió la historia. El menudo argentino arrancó desde su propio lado del campo y, con una caligrafía impecable, comenzó a trazar el que sería uno de los goles más bellos que se haya visto. La pelota anudada a la pluma talentosa de su botín fue definiendo la métrica de sus poemas, utilizando el vértigo de la velocidad con la cadencia de su cadencia. Los gigantes británicos caían, incapaces de parar la rima perfecta de hombre y balón. Y la pequeña figura albiceleste culminó su creación alojando sus versos en el fondo del arco. Luego vino el agito de "gol", y el mundo quedó en silencio. Así fue y así seguirá siendo. Aquel 22 de junio de 1966, en el Estadio Azteca de México, por la Copa Mundial y frente a Inglaterra, Diego Armando Maradona nos regaló la más grande prueba de que en el fútbol hay poesía. Y de la buena.

Pero, ¿qué dicen sobre el tema aquellos que se dedican a plasmar versos sobre el papel? La respuesta nos la trae Floridor Pérez y su libro "Poesía chilena del deporte y los juegos". En éste, el compilador reúne textos de escritores nacidos entre 1875 y 1994, resultando, como él mismo aclara, "una representativa muestra del desarrollo y evolución de la poesía nacional, especialmente de su época fundacional, el siglo XX. Sobre unos pocos autores en quienes no se descubre bastos sobre el tema, están los nombres que no deberían faltar en una buena antología de la poesía chilena".

Primer tiempo

En pleno siglo XVI, Alonso de Ercilla y Zúñiga comenzó el romance entre poesía y deporte. En el canto X de "La Araucana" narra una competencia organizada por los mapuches en el verano de 1564, con el fin de celebrar su triunfo sobre los españoles en la batalla de Marijuafú. Allí relata un combate de lucha entre Orupello y Leucolón. Y Ercilla escribe: "Caupolicán, que estaba por jueces puesto, / mostrándose imparcial, discretamente / la furia de Orupello aplaca presto...". Así nomás ocurrió: Caupolicán fue el primer "árbitro" en nuestra historia deportiva, y Orupello el primer agredido con los golpes referidos. Para que quede en conocimiento de los periodistas deportivos, cuando en sus comentarios alegan que hay toda una tradición de perjudicar a Chile, ni siquiera sospechan que sus palabras se remontan cuatro siglos y medio en el tiempo. Entonces no cabe criticar a árbitros como Lucien Bechardcas, aquel calvo penista que nos cobró un penal en contra, a cinco minutos del final, en el debut ante Italia en Francia 1948. El juez fue sólo un instrumento. La culpa era de una historia que



nos tenía condenados desde mucho antes. En "La Araucana", también, encontramos referencias a otra de nuestras "desgracias" deportivas más referidas. Escribe Alonso de Ercilla: "Habla en la plaza un bayo hacia un lado... / (y) desto el cansado Hango no avisado, / metió el pie dentro, y desgraciadamente...". Nada más hay que agregar. Cientos veces hemos escuchado ese "desgraciadamente", que nos pesa con su perfume impregnado de fracaso. Y así fue que comenzó, con un simple tropiezo, que a lo largo de los años se ha vestido con los más amargos colores de la derrota. Bien lo sabe Benedito Villablanca, quien en 1982 se convirtió en nuestro primer campeón mundial de boxeo, título que sólo le duró 20 días y le fue arrebatado por secretaría, "desgraciadamente". Incluso una de nuestras pocas victorias memorables tuvo su "desgraciadamente", pues el tobillo de Fernando González se torció cuando dominaba su partido ante Marley Fish, por las semifinales de Acoras 2004, lo que privó al país de una final olímpica disputada entre chilenos. Y cómo dejar fuera el más clásico y recordado de los "desgraciadamente",

aquel que tuvo lugar el 17 de junio de 1982 durante la fase final de la Copa Mundial de Fútbol en Oviedo, España: Carlos Humberto Cerezo desvió el penal más famoso de nuestra historia, y de paso elevó sobre sus hombros una maldad que aún no puede dejar atrás. Injusto para uno de los más grandes deportistas que Chile ha tenido, pero "desgraciadamente" así se escribió en las memorias.

Segundo tiempo

En los poemas del libro no siempre las situaciones a la actividad deportiva son una referencia literal. También hay muestras del uso de algunas ellas como metáfora de nuestro mundo cotidiano. Es notable en este aspecto el texto de Teresa Calderón "A diez rounds", en donde se vale del boxeo como recurso para contar una historia que comienza, ya sea por su infancia, o porque sabemos que ocurre en la realidad. "En este rincón, mano de piedra, peso completo. / O sea tú, queridita, poseedor de la verdad, / después a colarte la corona para siempre. / En este otro rincón, la dolorida, / amiga predilecta del silencio, / señora de las cantos perdidas, / empeñada en dar la lucha hasta la muerte, / autocrítica. / Se inicia el combate, / te hacen un recto al mesón, tesoro / que te deja temblando. / Te me vienes encima / con una lluvia de derechos que me munda a la lora. / Cómo nos hemos castigado. / Los amigos comunes declaran empate, / Una yo que no soy yo ha tirado la toalla, / porque tú, mano y correa de piedra, / me despodas / en nuestro ring con ventanas a la calle".

Es lógico que suene extraño, pero en algún lugar de estos universos que se quiebran, allí donde los relojes tienen sus brazos, tal vez haya, quién sabe, una confluencia entre biblioteca y estadio.

Desde el estadio a la biblioteca. [artículo] Hernández Osuna, Sergio.

AUTORÍA

Hernández Osuna, Sergio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Desde el estadio a la biblioteca. [artículo] Hernández Osuna, Sergio. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile